

## EPÍSTOLA A LOS COLOSENSES

### Introducción

La epístola a los Colosenses contempla al cristiano resucitado con Cristo, a diferencia de la epístola a los Efesios, que lo considera sentado en los lugares celestiales con él. Una esperanza se dispone para el cristiano en el cielo, donde tiene que poner sus afectos en las cosas de arriba, no en las de la tierra. Ha muerto con él y está resucitado con él, aunque no esté todavía sentado en los lugares celestiales de manera efectiva. Tenemos en esta carta una prueba de lo que dan fe las otras epístolas, principalmente la manera en que Dios torna las cosas para el bien de los que le aman.

En la epístola a los Efesios, el Espíritu Santo desarrolló los consejos divinos referidos a la iglesia: sus privilegios. Los cristianos efesios no tenían nada que pudiera reprochárseles<sup>1</sup>, por lo tanto el Espíritu podía valerse de esta ocasión que le propiciaba aquel fiel rebaño para exhibir todos los privilegios que Dios había asignado finalmente a la iglesia, en virtud de su unión con Jesucristo, la Cabeza, al tiempo que los privilegios individuales de los hijos de Dios.

No sucedía lo mismo con los colosenses. Se habían apartado, en cierta medida, de esta porción bendita, y perdieron el sentido de su unión con la Cabeza del cuerpo; y si a pesar de todo no era así, había la intimidación del peligro que los hacía propensos a caer bajo la influencia de los que buscaban desviarlos y sujetarlos a la filosofía y el judaísmo, de modo que el apóstol tuvo que ocuparse de ello y no solamente de sus privilegios. Esta unión con nuestra Cabeza — alabado sea Dios— no puede romperse, pero sí puede perderse como verdad de la asamblea, o que sus individuos dejen de tenerla en consideración. Demasiado bien conocemos los peligros de la iglesia en nuestros tiempos. Sin embargo, todo da pie a que el Espíritu divino exponga las riquezas y las perfecciones halladas en la Cabeza y en su obra, a fin de poder restaurar a los miembros del cuerpo de su flaqueza espiritual, o cuando menos mantenerlos, en la práctica, en el pleno disfrute que esta unión ha conseguido para ellos. Para nosotros se trata de la enseñanza de las riquezas de la Cabeza.

Si la Epístola a los Efesios traza las líneas de los privilegios del cuerpo, Colosenses revela la plenitud que se encuentra en la Cabeza, nuestro estado final en ella. Así, en Efesios la iglesia es la plenitud de Aquel que todo lo llena en todos; en Colosenses, esta plenitud de la deidad habita en Cristo en forma corporal, y nosotros estamos completos en él. Existe otra diferencia, sin embargo, que es importante destacar. En Colosenses no vemos —salvo en la expresión «amor en el Espíritu»— ninguna mención al Espíritu Santo, que sí expone claramente Efesios. Por otro lado habla, en otra importante sección extensamente desarrollada, de Cristo como nuestra vida, y expone el contraste entre el paganismo y el privilegio y estado del cristiano. La formación del alma en una semejanza viva con Cristo se describe en Colosenses de manera efusiva, con su conocida expresión «Cristo en nosotros». Otra diferencia es que en Efesios la unidad del judío y del gentil en un cuerpo ocupa una gran extensión. Aquí, en cambio, solo contemplamos a los gentiles en relación con la doctrina del cuerpo.

Indicadas estas diferencias, podemos concluir que las dos epístolas se asemejan bastante.

---

<sup>1</sup> Qué dolor produce ver que esta amada iglesia fuera tomada después como ejemplo de la pérdida del primer amor. Sin embargo, todo apuntaba a un final.

## Capítulo 1

Comienzan prácticamente de la misma manera. Ambas se escribieron en Roma mientras el apóstol seguía prisionero en esa ciudad, y las envió el mismo heraldo en esta ocasión, como probablemente la epístola de Filemón. Los nombres y los saludos nos dan razones para pensar que fue así. Efesios sitúa a los cristianos en una relación quizá más inmediata con Dios, en lugar de presentarlos en una comunión fraternal, como aquí. No se los llama hermanos al comienzo, solo santos y fieles en Cristo Jesús. Se los contempla haciendo su camino en la tierra, pero resucitados. De ahí que se eleve una larga oración para su camino tras tener en cuenta su condición de resucitados en un terreno santo. Efesios comienza con el pleno propósito y fruto de los consejos de Dios. En dicha epístola, el corazón del apóstol se expande cuando ve las bendiciones que gozan esos cristianos. Eran bendecidos con toda bendición espiritual en los lugares celestiales. Para los colosenses, en cambio, se trata de una esperanza preparada en los cielos. Incorpora a su epístola un prefacio a muchos versículos relacionados con el evangelio que habían oído, que relata la oración del apóstol para su andadura y estado terrenal. Esto nos lleva donde Efesios 1:7 quiere llevarnos, a un desarrollo mucho más amplio de la gloria personal de Cristo y, en cierto modo, a unos actuales e históricos tratos divinos. La nuestra se trata de una carta más personalizada que la enviada a la iglesia de Éfeso.

Consideremos con detalle lo que dice el apóstol a los cristianos de Colosas. La bendita llamada de la que había estado hablando a los efesios, y los privilegios de la herencia, no aparecen aquí. Resucitados en esta tierra, los colosenses no se hallan sentados aún en los lugares celestiales ni reciben todas las cosas por herencia. No están en Cristo en esas regiones, sino que él es la esperanza de su gloria. La oración a que nos hemos referido antes abarca todo el capítulo, hasta llegar al terreno compartido de la gloria cristiana en el pasaje 1:15, donde cabe referirla como simple mención del propósito divino. No solo carecemos de la herencia que Dios nos ha dejado, sino también de las arras espirituales como garantía de poseerla; no se menciona al Espíritu, sino la vida. Tenemos la persona y la gloria de Cristo, nuestro estado completo en él, cosas en las que hace más hincapié la carta, pero apenas leemos sobre el lugar que los santos ocupan con Dios. La epístola los contempla sobre la tierra, no con Cristo en los cielos, así que tenemos solo su responsabilidad. El pasaje 1:3 da respuesta a Efesios 1:16, solo que uno piensa que hay más plenitud en el gozo descrito en el pasaje 1:16. La fe en Cristo y el amor a todos los santos salen en cada exordio con motivo del gozo que siente el autor.

El tema de su oración es bastante diferente. En Efesios, donde desarrolla los consejos de Dios con respecto a la iglesia, el apóstol ora para que los santos puedan comprenderlos y que un poder les permita participar de ellos. Ruega que su camino sea guiado por la inteligencia divina. Esto se corresponde con el punto de vista con el que, en su discurso, considera a los santos. Vimos en la epístola a los efesios que el apóstol los contempla sentados en los lugares celestiales. Por consiguiente, su herencia consiste en poseer todas las cosas que han de reunirse bajo Cristo como Cabeza. El apóstol pide por ellos, teniendo en cuenta una esperanza dispuesta en el cielo que les pertenece. Su oración hace referencia, pues, a un camino en armonía con el objeto que tienen por delante. Puesto que estaban en la tierra y les acechaba el peligro de no adherirse a la Cabeza, estos creyentes corrían el riesgo de alejarse de este objeto. La oración por ellos había de producir el efecto contrario. Habían oído hablar de esta esperanza gloriosa, dado que el Evangelio la anunciaba por doquier.

El evangelio que se predicaba con la conciencia de una esperanza preparada en los cielos produjo un fruto caracterizado por su origen celestial. Su religión, que gobernaba el corazón de los colosenses en las relaciones con Dios, era divina. Sin embargo, los acechaba una caída en la corriente de los mandamientos y las costumbres religiosas de los hombres, cuyas creencias provenían, además, del mundo en el cual vivían y no eran iluminadas por la luz del cielo. Nada salvo una unión consciente con Cristo puede darnos un lugar seguro en la tierra. Los mandamientos que pretenden ayudar a llegar hasta él no tienen ninguna validez para la

formación de una unión cristiana. Tampoco la tiene la filosofía de los razonamientos, cuando poseemos otros distintos divinamente formados.

Sin embargo, qué hermoso es —aunque no estemos a la altura de nuestro llamamiento— tener un objeto ante el corazón que nos libera del mundo, y de sus influencias, que ocultan a Dios de nosotros. Este es el objetivo que se propone el apóstol en estas escrituras. Quiere que los colosenses fijen la mirada en el cielo, para que puedan avistar a Cristo y recuperar el sentido de su unión con él, la que en cierta medida habían perdido o estaban a punto de perder. Las bases estaban puestas: la fe cristiana y el amor a todos los santos. Solo necesitaban ser conscientes de su unión con la Cabeza, que podía guardarlos dentro del elemento celestial y por encima de toda clase de ordenanzas, sobre todo tipo de religión humana y terrenal.

Con tal de darles nuevos ánimos, el apóstol parte del principio, como es costumbre en él, de hablarles de lo bueno que había en los santos a quienes escribe. La esperanza celestial los había alcanzado y había producido fruto en ellos. Esto es lo que distingue al cristianismo de todas las otras religiones, especialmente del sistema judío, que, pese a que los individuos anhelaban el cielo, ocultaba a Dios tras el velo y sellaba la conciencia con una serie de ordenanzas que los mantenían distantes.

Basándose en esta esperanza, que lleva la vida de los cristianos a mantener una relación con el cielo, el apóstol ruega que los colosenses sean llenos del conocimiento de la voluntad divina en toda sabiduría y entendimiento espiritual. Es el fruto de la relación con Dios de una persona resucitada en la tierra, algo muy distinto a los mandamientos y las ordenanzas. Se trata del fruto de la comunión íntima con Dios, del conocimiento de su carácter y naturaleza en virtud de esta comunión; y aunque venga referido a la vida práctica —con relación a la vida que mana del interior—, deja completamente de lado las ordenanzas. El apóstol tuvo que partir de este punto, donde comienza la vida cristiana. Tal vez no comprendieran al principio el significado de estas palabras, pero contenían una regla que se había plantado en su corazón, con la capacidad de renacer para conducirlos al asunto que se proponía abordar el apóstol. Constituía, al mismo tiempo, un privilegio inestimable el hecho de que estuvieran en una posición que les permitiese apreciar su valor. Así se comporta el amor. En este sentido, el apóstol resume sus privilegios actuando con transparencia, como quien conocía este camino de cerca, y además con el poder divino-espiritual. Ellos no están en el cielo, sino en la tierra, y este es el camino adecuado para los que están resucitados con Cristo y miran arriba. Hablamos de la vida de Dios vivida aquí, no del Espíritu Santo, que hace del alma del creyente el centro de los consejos divinos por la fe en la morada cristiana en el corazón.

El primer principio de esta vida práctica y celestial era conocer la voluntad de Dios, buscar su plenitud y anhelarla, no como quien anhela al tuntún, con indecisión e inseguridad respecto a su significado, sino desear ser llenos de ella echando mano de un principio de inteligencia que proviene de Dios y conforma el entendimiento y la sabiduría del cristiano. Los vivos colores del carácter divino se traducían en la apreciación de todo lo que hacía el cristiano. Observemos aquí que el conocimiento de la voluntad de Dios se basa en el estado espiritual del alma, en una sabiduría y entendimiento espirituales. Esto tiene toda su importancia. Ninguna dirección que imprima el hombre a su conducta puede llegar a satisfacerle, sino que antes le evitará la necesidad del conocimiento espiritual. Indudablemente, una mente más espiritual puede ayudarnos a discernir la voluntad divina<sup>2</sup>, pero Dios relaciona el descubrimiento del camino de Su voluntad con el estado del alma, lo que nos hace pasar por circunstancias vitales para probarnos y convencernos de lo que significa este estado y ejercitarnos en él. El cristiano conoce los caminos divinos gracias a su estado espiritual; la Palabra es el medio (cf Jn 17:17, 19). Dios tiene su propio camino, que no ha conocido el ojo del ave y que solo el hombre espiritual sabe, al adquirir todo Su conocimiento (cf Éx 33:13). Así, el cristiano marcha dignamente de la mano del Señor, conoce lo que es habitual en Él y traza su camino como consecuencia, de modo que

---

<sup>2</sup> Uno de los engaños del corazón es que cuando conocemos bien la voluntad de Dios, vamos a pedir consejo a alguien menos espiritual.

puede complacerle en todas las cosas y llevar fruto en toda buena obra, creciendo en conocimiento.

No se trataba únicamente del carácter de esta vida; además era productiva, daba fruto, y a medida que crecía lo hacía a través de un gradual conocimiento de Dios. Esta relación con Él introduce otra consideración de mucho valor. Aparte del carácter y la viva energía relacionadas con este conocimiento, el poder del Señor se forma en esta vida. Los colosenses obtenían de Él la fuerza para poder andar: «fortalecidos con todo poder, conforme a la potencia de su gloria, para toda paciencia y longanimidad». Tal es la magnitud de la fuerza cristiana para una vida en armonía con el Señor, para revelar de esta manera su carácter en la gloria celestial. Su manifestación aquí —como había hecho Jesús— se lleva a cabo con gozo, paciencia y serenidad en medio del dolor y la angustia que conlleva la comunión con Dios. Esta forma de vivir también es sorprendente: la fuerza se transmite para poder ejercitar la paciencia y resistir. ¡Y qué carácter otorga a la vida del cristiano! Nace en él una conducta generosa hacia otros que le capacitan poder mantenerla. No es un fruto más manifiesto de poder. La voluntad es aquí sometida. A pesar de todo lo que hemos de resistir, tenemos un gozo constante en Dios, un bendito ejemplo de la forma en que se manifiesta la vida divina.

Aquí relaciona el apóstol esta vida de paciencia con lo que constituye su fuente, su objeto y posesión actual por la fe. Andando así nos llenamos de gozo y damos gracias al Padre, que nos ha hecho aptos para compartir la porción de los santos en luz. Los santos son establecidos en su relación con Dios Padre en los cielos, en la luz, la que él es y en la que habita. Tenemos el estado del alma, las características del camino y la fuerza con la que lo tenemos que andar. En cuanto a la aptitud para estar con Dios en la luz, ya la poseemos. Somos trasladados al reino de su Hijo amado.

Los medios empleados, y el carácter resolutivo de la obra que nos sitúa en esta luz, se presentan entonces y nos introducen —hasta donde lo hace Colosenses— en los consejos divinos, pero de forma práctica, en sus resultados futuros o presentes, nunca en el consejo o misterio de Su voluntad.

El Padre nos ha liberado del poder de las tinieblas y nos ha trasladado al reino del Hijo de su amor. Este hecho no establece ninguna norma jurídica para el hombre, sino que es una operación del poder de Dios, quien nos trataba por naturaleza como esclavos de Satanás y de las tinieblas, y ahora nos coloca en una posición completamente nueva, en unas relaciones distintas con él. Si examinamos su origen, nos damos cuenta de lo mismo que dice Ef 1:4, 5 y 2:1-6, en cuanto a nuestro pasado. Es evidente que no hallamos la plenitud definitiva de una nueva creación<sup>3</sup>. «La herencia de los santos en luz» y «el reino de su amado hijo» nos remiten al pasaje de Ef 1:4, 5, pero no son la misma cosa; están en la mente de Dios, y hemos de adaptarnos a ellos. No tienen que ver con establecer la base de una posición con la que uno ya está familiarizado. El poder y el amor paternos nos han hecho aptos para esta posición, y aunque la luz y el amor conformen necesariamente el carácter de Dios, según la relación que tenemos con su Hijo, lo que vemos aquí no es nuestra relación con él —salvo de donde fuimos sacados—, sino la obra que, en general, nos lleva hasta allí, en contraste con nuestro estado anterior. Él nos ha liberado del poder de las tinieblas y nos ha trasladado al reino de su amado Hijo. Participamos de la herencia de los santos en luz, pero ¿dónde está el santo sin mancha e irreprensible delante de él? ¿Dónde queda nuestra relación con Dios, según los consejos del que tuvo esta predisposición en el corazón? ¿Dónde los hijos salvados por medio de Jesucristo, por Su predestinación antes de la fundación del mundo?

---

<sup>3</sup> Veremos después que el punto de partida es algo distinto, y aunque el terreno de Efesios hable en parte de ello, presenta al hombre viviendo en el pecado; se habla menos de Dios, quien le halla muerto en sus delitos y ofensas, pero lo hace una nueva creación según Sus consejos. Además, en Ef 1:6 nuestro lugar es el de una gracia plena en Cristo. En este capítulo vemos la liberación real y efectiva del poder de las tinieblas, y el traslado al reino del Hijo de su amor.

La liberación en Efesios se manifiesta como consecuencia de la posición en la que los herederos, objetos de los consejos eternos de Dios, están considerados<sup>4</sup>. Aquí, la liberación es el tema principal. ¡Qué desastroso puede resultar alejarse de la Cabeza y perder todo el conocimiento que tenemos, bajo su luz, de nuestra unión con ella! ¡Qué valiosa y perfecta es la gracia que se ocupa de nuestro estado, sacándonos de él y haciéndonos gozar para Dios la inestimable posición que él nos ha dado en Cristo! El medio que el Espíritu emplea aquí para llevar esta obra a término es la exposición de la gloria del Señor, del Hijo de su amor.

Únicamente aquí, creo yo, el reino es llamado el reino del Hijo, y también pienso que se llama así para presentar su Persona como el centro de todo y darnos una idea de la importancia de la bendición. Se trata del Hijo de su amor, quien ostenta este lugar en el reino, en el que somos introducidos. A fin de poder comprender el carácter del reino —cómo es para nosotros— y nuestra proximidad a Dios, al formar parte de él, se le llama el reino del Hijo de su amor. Constituye el actual fundamento y carácter de la relación con Dios de los que están de veras dentro y le pertenecen. Como reino del Hijo del hombre, a partir de este punto se trata de Su manifestación en gloria y gobierno. El reino destaca aquí por la relación de la persona del Hijo hacia el Padre, aparte de darnos el pleno derecho a compartir dicha relación por la redención a través de su sangre, del perdón de los pecados.

Habiéndonos presentado el apóstol al Hijo en su relación paterna, como objeto poderoso que tenía que atraer el corazón de los colosenses para liberarlo del yugo de las ordenanzas, se esbozan las diferentes partes de la gloria de esta Persona. Si la gloria de la asamblea se duele, se nos presenta con mucho más relieve la de Jesús. De esta manera crea Dios algo bueno de lo malo, para alimentar en todo momento a su amado pueblo.

El Señor Jesús es la imagen del Dios invisible. Es en el Hijo de su amor que vemos lo que Dios es (cf Jn 1:18 y 1Jn 1:2). Esta es la característica principal de su gloria personal, el centro esencial de todo lo demás. Como consecuencia del carácter de su Persona, asume por derecho la posición de representar a Dios en la creación. Adán fue creado a la imagen de Dios y puesto en el centro de una creación sujeta a él. Pero, al fin y al cabo, era solo una figura del Cristo que tenía que venir. El Hijo, en su Persona y naturaleza —para nosotros, en el seno del Padre— es quien da a conocer a Dios, porque lo hace personalmente con una revelación plena de su Ser ante los hombres y en todo el universo, dado que toda la plenitud de la deidad habita corporalmente en él. No obstante, es humano, visto así por los ángeles. Nosotros le hemos visto con los ojos de la fe: la imagen del Dios invisible. El carácter perfecto y la viva representación del Dios velado es lo que hemos visto. ¡Asombrosa verdad de la persona de nuestro Salvador!

¿Qué lugar ocupa en la creación cuando, por los consejos divinos y eternos, ha entrado en ella? Solo puede ser uno de indiscutible e incuestionable supremacía: el Primogénito de toda creación (un nombre relativo, sin edad ni límite en el tiempo). Se dice de Salomón: «... yo también le nombraré mi primogénito, el más excelso de los reyes de la tierra». Así, el Creador, cuando toma un lugar en la creación, deviene inevitablemente su Cabeza. Todavía no ha hecho valer sus derechos, ya que antes quiso cumplir la redención. Nos referimos aquí a unos derechos que la fe sabe reconocer.

Él es, pues, la imagen del Dios invisible, y cuando toma su lugar en la creación, el primogénito de toda ella. Merece la pena observar el motivo, simple y maravilloso: él la creó. Fue en la persona del Hijo que Dios actuó, cuando por medio de su poder hizo todas las cosas, ya en el cielo, ya en la tierra, visibles e invisibles. Todo lo grande y excelente no es otra cosa que producto de la obra de sus manos; todo ha sido creado por él (el Hijo) y para él. Cuando tome posesión de la creación, lo hará por un derecho de herencia. Verdad asombrosa de quien nos ha redimido, haciéndose como nosotros para adoptar nuestra forma: el Creador.

---

<sup>4</sup> Corresponde al principio mencionado arriba. En Efesios se considera todo bajo el punto de vista de los consejos eternos de Dios antes de la existencia del mal, del bien que él se propuso en Sí mismo hacer, aunque para ello fue necesaria la redención tras la entrada del mal, y entonces la gloria de Dios y la base de nuestra gloria obtuvieron su bien definitivo al cumplirse estos dos. En Colosenses, el hombre malvado es el objeto de la gracia.

Relacionada con esta asombrosa verdad, una parte de los consejos divinos era que el hombre dominara sobre todas las obras de Sus manos. Entonces, como Hombre, Cristo tiene derecho a su creación, por eso tomará posesión de ella un día. Esta porción de la verdad que estamos comentando se trata en Hebreos cap. 2, y allí la estudiaremos. La presento aquí solo para hacernos entender las circunstancias bajo las que el Hijo toma posesión de su creación. El Espíritu habla del que es Hombre y al mismo tiempo Creador de todas las cosas, el Hijo divino. Fueron creadas por él, y como consecuencia también las creó para sí mismo. Tenemos en este punto la gloria de la persona de Cristo en conexión con la de la creación. La imagen del Dios invisible se ve en él, quien ha creado todas las cosas. Son para él como primogénito de todo lo creado.

Otra categoría de la gloria, otra supremacía, sale aquí a colación. Él asume un lugar especial en el poder de la resurrección relacionado con la asamblea. La introducción de un poder, no en la creación, sino en el imperio de la muerte, a fin de que otros puedan participar de Su gloria mediante la redención y el poder de Su vida. Visto de este modo, la primera gloria era natural, pero la última es especial y adquirida en virtud de su Persona, puesto que tuvo que padecer la muerte, y en ella todo el poder del enemigo. Por consiguiente, existe una relación, como acabamos de observar, con la redención y la bienvenida a otros a la participación de los mismos privilegios. Él es la Cabeza del cuerpo, de la asamblea, el Principio, el Primogénito de entre los muertos, para que en todo tenga la preeminencia. Primogénito<sup>5</sup> de la creación según el poder de la resurrección, este nuevo orden de cosas resucitativo predestina al hombre a una posición completamente nueva, obtenida a través de la redención, y de la que participa en la gloria de Dios —hasta donde puede participar todo lo creado— por la vida divina y eterna en Jesucristo; y en cuanto a la asamblea, como miembro de su cuerpo. Él es el Primogénito de la creación y el de entre los muertos, el Creador que venció la muerte y el poder enemigo. Estas son las dos esferas donde se manifiesta la gloria divina. La posición especial de la asamblea, el cuerpo de Cristo, forma parte de la última. Él debe poseer esta gloria de resurrección, la preeminencia universal, así como la superioridad por ser Hombre, pues toda la plenitud de la deidad tuvo a bien morar en él. ¿Qué otro lugar podría tener sino el principal en todo? Antes de abordar otras cuestiones, vamos a dar unas explicaciones más como complemento a lo que hemos referido.

El Hijo es presentado como Creador, sin por ello excluir el poder del Padre ni la operación del Espíritu. Estos son uno, pero se trata del Hijo, que se manifiesta ante nosotros. En Jn 1 es el Verbo que crea todas las cosas. Aquí y en Hebreos cap. 1 le vemos ostentando el nombre filial, que es también el Verbo revelado como expresión del pensamiento y poder divinos. Es por medio de él que Dios hace la obra y se revela. También es el Hijo de Dios, y sobre todo el Hijo paterno, del Padre que él revela, y quien le ha visto le ha visto a él. Por cuanto nació en este mundo por la operación divina del Espíritu Santo, es Hijo de Dios (Sal 2:7; Lc 1:35). Esto ocurre en el tiempo, en la creación, que constituye la escena de la manifestación de sus caminos y consejos. Asimismo, el Hijo da nombre a la relación que mantiene su gloriosa Persona con el Padre antes del mundo. Es con este carácter que creó todas las cosas. El Hijo tiene que ser glorificado igual que el Padre. Si se humilla como hizo por nosotros, es para que todas las cosas sean entregadas en sus manos y se manifieste su gloria con la misma naturaleza que asumió al humillarse. Así queda manifestado el poder de vida y de Dios en él, de manera que es declarado Hijo de Dios con poder por medio de la resurrección.

Lo que tenemos expuesto en esta epístola es la gloria de su Persona filial antes de la existencia del mundo. Como Hijo, es también creador. Es importante entenderlo. La Persona no se escinde en dos cuando se manifiesta. Si el Hijo obró milagros sobre la tierra, también expulsó a los demonios por el Espíritu, y el Padre, que habita en él, hacía las obras. No hay que olvidar que lo que se dice sobre su Persona, el Hombre terrenal, se refiere a su encarnación. No hay que

---

<sup>5</sup> Una de estas preeminencias depende de sus derechos divinos como Creador; la otra, de su obra y del poder exhibido en su humanidad en el acto de la resurrección. Todo le pertenece como Hombre y por poder divino, pero podemos concluir que una parte de su gloria depende de su divinidad, y la otra de su victoria como humano.

pensar en separar lo divino de lo humano, pero aun al separar las dos naturalezas lo hacemos pensando en aquella respecto a la que hacemos la distinción. Decimos que Cristo es Dios, que es Hombre; pero es Cristo en ambas a la vez. No lo digo como mero apunte teológico, sino para fijar la atención del lector en esta extraordinaria expresión: «toda la plenitud tuvo a bien hacer morada en él». La plenitud de la deidad se encontraba en Cristo.

Los gnósticos, que en los últimos años habían perturbado tanto a la asamblea, utilizaban la palabra «plenitud» en un sentido místico para resumir y explicar los orígenes de una deidad, a la cual otorgaban el don de la ubicuidad —tenía un *horos*, límites que la hacían distinta a todo— y que evolucionó hacia cuatro pares de seres (*sizigias*, «alineación»), considerando a Cristo uno dentro de un par. Innecesario es entretenerse con sus fantasías si no es para observar solo que con distintos matices atribuían la creación a un dios inferior, que según ellos también era el autor del Antiguo Testamento. Decían que la materia no procedía del Dios supremo. No comían carne, no se casaban y se entregaban a toda suerte de atrocidades. Por extraño que parezca, se identificaban con el judaísmo y adoraban también a los ángeles.

El apóstol solía entrar en conflicto con estos instrumentos de Satanás. Pedro también los menciona. Aquí expone Pablo por la Palabra la plenitud de la deidad de Cristo. Lejos de pertenecer a algo inferior, a una emanación, o de tener un lugar de exaltación en innumerables genealogías, toda la plenitud habitaba en él. ¡Gloriosa verdad sobre la persona del Salvador! Dejemos todas las necias cavilaciones del hombre en su oscuridad y disfrutemos la luz perfecta de esta plenitud gloriosa de Dios como cabeza y Señor. Toda la plenitud estaba en él. Conocemos efectivamente al Padre, revelado por su mediación. Poseemos en efecto al Espíritu, pero la plenitud espiritual estaba en Él porque, después de llevar a cabo nuestra redención y lavamiento, recibió el Espíritu por nosotros. Y Dios, en toda su plenitud, quedó revelado sin reservas en la persona de Cristo. Este es nuestro Salvador y Señor. Se ha manifestado a nosotros y por nosotros. Inolvidable verdad.

Es debido a su gloria, no lo dudemos, que es conocido como lo es, como amor, y no es menos cierto que esta revelación hablaba directamente de nosotros. No revela únicamente el Hijo al Padre, acto dulce e inestimable donde lo haya: la plenitud de la deidad se revela y manifiesta en Cristo. Fue el beneplácito de la plenitud morar allí.

Cristo no era solo la Cabeza de la creación en virtud de la gloria divina de su Persona, resucitada de entre los muertos y victoriosa sobre el poder enemigo. La creación, y todos aquellos que tenían que componer la asamblea, también estaban alejados de Dios. Para venir a una relación con él, debían ser reconciliados. He aquí la segunda parte de la gloria de Cristo. No solamente tuvo la plenitud de la deidad el beneplácito de habitar en él, sino de reconciliar por mediación suya todas las cosas para sí, habiendo obtenido la paz por la sangre de la cruz. Esta reconciliación de cosas en el cielo, como en la tierra, no se ha cumplido todavía. La paz se hizo por la sangre, pero el poder no ha llegado aún para introducir todo el conjunto a una relación viva con Dios, según el valor de esta sangre.

En Israel, la sangre se disponía en el propiciatorio y se hacía la expiación, la paz. Se rociaba todo y el pueblo confesaba sus pecados. Respecto a los israelitas y la creación, esto aún no había sucedido. Lo que es ceremonial seguimos viéndolo a cierta distancia de Dios, aunque la paz ya esté hecha. Sabemos que es su beneplácito reconciliar todo en el cielo y la tierra en virtud de esta sangre. Las cosas se restaurarán a un orden bajo su nuevo mandato. Los culpables que sigan en sus pecados quedarán fuera de esta bendita escena, pero el cielo y la tierra serán libres al fin del poder del mal, también de su presencia en el transcurso del milenio, en cuanto a que no podrá manifestarse, y todo se verá absolutamente liberado en virtud de esa sangre que efectuó la separación entre la luz y las tinieblas. La sangre glorificó a Dios y se logró la paz. Él puede actuar libremente para bendecir, pero aquí la obra presenta dos caras, como la gloria de la persona de Cristo, y se refiere a sus mismos objetos. Forma parte de los consejos divinos reconciliar todo en el cielo y la tierra a través de Cristo. A los cristianos ya los ha reconciliado. Cuando como criaturas estaban contaminados, y eran además enemigos en su mente, los bendijo en el cuerpo de Su carne por medio de la muerte. La obra perfecta que cumplió en el

cuerpo, borrando nuestros pecados y glorificando a Dios Padre, nos ha llevado a la relación paterna y a su santidad por la eficacia de esta obra, es decir, eficaz para presentarnos perfectamente reconciliados, santos, sin mancha e irreprehensibles delante de su rostro, conscientes del amor y del favor que lo hicieron posible, a fin de que el corazón fuera llevado a Dios, totalmente sabedor de estas cosas. Somos reconciliados con él, lo que supone nuestra continuación firme en la fe hasta el fin.

La posición de los colosenses permitía recibir esta advertencia a modo de inciso, la cual los consideraba unos caminantes en la tierra. Vimos que se habían apartado un poco, o que corrían el riesgo de apartarse del conocimiento de su unión a Cristo.

También es destacable que el apóstol hable de su evangelio propagado por todo el mundo. La gracia había sobrepasado los estrechos límites del judaísmo y la expectativa del Mesías, a fin de dar a conocer el testimonio del perfecto amor de Dios por toda la creación debajo del cielo, de la que Pablo era instrumento como apóstol de los gentiles.

Hasta aquí ha puesto delante de nosotros el Espíritu divino las dos preeminencias de Cristo sobre la creación y la asamblea, y las dos reconciliaciones como resultado de estas: en primer lugar, la reconciliación de las cosas sobre las que es Cabeza en el cielo y en la tierra, y a continuación, la de los propios cristianos. Esta ya se ha cumplido, pero aquella todavía tiene que llegar. El ministerio del apóstol presentaba entonces este doble aspecto. Está claro que no tiene que predicar en el cielo, pero su ministerio se ejerce en cada lugar debajo de él, donde haya un alma para escucharlo. Es ministro del Evangelio y de la asamblea, un servicio diferente que da a conocer su verdadera posición y privilegios inherentes. El evangelio también salió hacia los gentiles para introducirlos en él. Con esta última enseñanza, el apóstol completó la palabra de Dios, un principio importante respecto a la autoridad exclusiva de las Escrituras, que demuestra que su totalidad existe y los temas que la componen están totalmente concluidos, lo que excluye aquellos que a la gente le gustaría añadir. El conjunto de verdades que Dios tenía que tratar para revelarnos la gloria de Cristo y enseñarnos su sabiduría, llega a su culmen cuando se revela la doctrina de la asamblea. No había otras enseñanzas que agregar.

Esta doctrina exponía al apóstol a la persecución y sufrimientos que los judíos, particularmente, y el enemigo en general, intentaban infligirle. Sin embargo, él se regocijaba tomándose como un privilegio, porque Cristo había sufrido por amor a la asamblea, por los suyos. Aquí habla no de la eficacia de Su muerte, sino del amor que le llevó a sufrir. Desde este punto de vista, el apóstol podía participar de Sus sufrimientos, y nosotros también, en nuestra pequeña medida; sin embargo, él lo hacía de manera peculiar, como el testigo principal portador de esta verdad. Si Cristo hubiera aceptado la posición de Mesías como quería el hombre, habría sido bien recibido. Y si Pablo hubiese predicado la circuncisión, habría cesado la ofensa de la cruz. Los hombres habrían podido participar de la religión divina si hubiera reconocido su humana carnalidad. En cambio, cuando Dios se revela y extiende su gracia a los gentiles —sin mostrar más respeto al judío que al gentil—, y forma una asamblea como cuerpo cristiano que comparte la gloria celestial de su Hijo, la carne no puede resistirlo. Queda excluida y anulada delante de Dios, aun observando los mandatos de su religión y esforzándose al máximo en cumplirlos, aunque le sea del todo insoportable. Este es el origen del que proviene la enemistad del espíritu judaizante, fundada en la carne y en el hombre, y que reaparece constantemente en la historia del apóstol, bien estimulando el odio de los paganos, bien corrompiendo la doctrina cristiana y la simplicidad del evangelio. La religión de la carne se jacta de sus privilegios tan peculiares.

Así, tenemos un doble ministerio y una doble preeminencia cristiana y de reconciliación. Ambas mantienen una relación similar: Cristo como Cabeza de todas las cosas en el cielo y la tierra, y de la asamblea. Todo tiene que reconciliarse dentro de estos dos ámbitos. Pablo ejerce su ministerio en la creación entera bajo el cielo, dado que es ministro de la iglesia. Naturalmente, su ministerio se limitaba al ámbito terrenal. El significado y relevancia de la gloria cristiana y del ministerio iban más allá de los límites del judaísmo, a diferencia de todo el sistema.



Insiste el apóstol en la segunda parte de su ministerio, haciendo especial hincapié en aquello que podía colmar las necesidades de los colosenses, exponiéndolo para afianzarlos en el gozo del conjunto de estas verdades tan apreciadas. Él completó la palabra de Dios, anunciando este misterio que había permanecido oculto durante siglos y generaciones y que ahora se revelaba a los santos. Ninguna revelación de los caminos divinos desde la creación contuvo el misterio que ahora contenía la doctrina de la asamblea, por muy fundada que hubiera estado en las verdades de la revelación del poder de Dios, o de sus designios, que formaban la base y su razón de ser. Este misterio no se comunicó a nadie que formara parte del sistema anterior, o a quienes simplemente podían iluminar a otros como instrumentos de la luz divina. Ángeles, hombres y profetas eran totalmente ignorantes del mismo. La asamblea —este cuerpo unido al Hijo de Dios encarnado y glorificado—, así como el llamamiento de los gentiles a esta unidad, estaban escondidos de todos ellos.

Cuando fue glorificado Cristo como cabeza de la asamblea, se dio a conocer el misterio del cuerpo. El apóstol hace hincapié en un aspecto fundamental de esta cuestión, que después de esta Persona constituye el centro de los caminos de Dios. Como gentiles, para nosotros significa la esperanza de la gloria. Volvemos a ver a los santos sobre la tierra, aunque en el poder de la resurrección. Lo que da aquí sentido al misterio es Cristo en nosotros, aunque en realidad no estemos unidos con él en la gloria, solo inseparables del hecho. Este misterio era una idea nueva en todos los aspectos, una nueva verdad. Lo que se conocía hasta entonces acerca de un Mesías era que debía manifestarse a los judíos, que cumpliera la gloria en medio de ellos. La mayoría de los gentiles participaban de esta revelación como subordinados del pueblo de Dios, que según la doctrina de la asamblea tenían a Cristo morando de manera no visible en su interior; en cuanto a la gloria, esta era su esperanza. Un Cristo habitando en los corazones de los hombres, y en aquellos anteriormente rechazados y ajenos a las promesas, llenaba sus almas de gozo y de gloria, conscientes de la unión que tenían con él. Era el asombroso misterio preparado por Dios para bendecir a los gentiles. Fue él, al que Pablo predicaba advirtiendo a los hombres y enseñándolos según el pleno desenlace de Su sabiduría, quien efectuó una gran obra en el corazón del apóstol para que la presentara a cuantos en su estado espiritual supieran estar a la altura de esta revelación. No se trataba de que todos fueran a recibirla, sino de que ya no hubiese más limitaciones a su recepción. Toda distinción que los separaba fue eliminada, tanto en lo que se refiere a los pecados como a la gracia, y solo restaba una cosa por hacer: lograr que cada uno, por el poder de la Palabra y del Espíritu, fuera reflejo de Cristo y creciera a la estatura de la plenitud, como revelaba esta doctrina. El apóstol hizo la labor conforme a la obra en él, teniendo en cuenta el poder manifestado en la formación de las almas moldeadas a Su imagen.

## Capítulo 2

Este poder obraba en la debilidad del apóstol, en un corazón que conocía las necesidades de los hombres, en los problemas que le salían al paso, que le hacían obrar humanamente por causa de Dios y producir el fruto de Su amor. Deseaba que los colosenses entendieran el conflicto que sostenía por su causa y por todos los que nunca le habían visto, que se sintieran fortalecidos y estuvieran profundamente unidos en el amor, de forma que llegasen a comprender, desde la riqueza que producía esta total seguridad, el misterio de Dios.

El apóstol tenía la convicción de que esto era lo que necesitaban y los bendeciría. Sabía que la unión con Cristo, asimilada en el corazón, era una salvaguarda frente a las artimañas del enemigo, a las que estaban expuestos. Conocía el inestimable valor de esta unidad y también su significado por la fe. Trabajaba, oraba y luchaba (pues libraba ciertamente un conflicto) a fin de que todo el sentido de esta unión con la Cabeza gloriosa pudiera avivar sus corazones y que el Cristo ensalzado estuviese en ellos por la fe. Todos los tesoros de la sabiduría y del conocimiento se basaban en el misterio, que para sus corazones significaban el centro y el poder. No tenían por qué buscar en otra parte. La falsamente llamada ciencia los engatusaría con propósitos a los

que no llegaba la simplicidad de las doctrinas cristianas, pero la sabiduría de Dios —y las profundidades de sus consejos— ponía entre estos dudosos intentos de la mente humana y Cristo una distancia infinita. Además, ellos eran algo real, no solo criaturas de una imaginación enardecida por el enemigo.

Por este motivo, el apóstol ha presentado estas maravillosas relaciones bajo el doble aspecto de la gloria de Cristo y de su Persona. Las declaró a fin de que nadie sedujera a los colosenses con palabras engañosas. Se valió de su fe y camino ordenado para guardarlos del peligro que corrían con estos razonamientos, que podían entrar inopinadamente en sus mentes mientras todo siguiera un curso correcto y no afectase al conocimiento de su fe. Suele ocurrir. La gente tiene fe en Cristo, camina bien y luego no se da cuenta de que ciertas ideas la pueden minar. Lo admitirán, desde luego, al tiempo que mantendrán estas ideas. El poder de la verdad y el sentido de la unión con él, su simplicidad, acaban olvidándose. Hasta aquí, el enemigo ha logrado su fin. Lo que acaba obteniéndose no es un perfeccionamiento en el camino cristiano, sino algo ajeno al mismo. Por eso dice el apóstol que «de la manera que recibisteis al Señor Jesucristo, andad así, arraigados y sobreedificados en él, y consolidados en la fe, así como fuisteis enseñados».

Una vez que le hemos recibido, todo lo demás no es más que un conocimiento progresivo y un desarrollo de la gloria que los consejos divinos nos han dejado en relación con su Persona. El conocimiento, verdadero o falso, distinto a todo lo expuesto, conseguirá apartarnos, desviará nuestro corazón de la influencia que ejerce su gloria y nos hará caer en el engaño, llevando nuestra alma a una relación con una creación extraña a Dios, sin que sintamos la necesidad de poseer la clave de sus propósitos. Puesto que el hombre es incapaz de profundizar en la existencia de las cosas y de explicárselas, sus esfuerzos por intentarlo le llevan a inventar un conjunto de ideas sin fundamento y se empeña en llenar el vacío de su inteligencia, causado por la ignorancia y el alejamiento de Dios, con especulaciones en las que Satanás juega un papel principal, sin que llegue siquiera a sospecharlo.

Como hijo de Adán, el hombre no se ve en el centro del vasto sistema de los caminos de Dios. Ajeno a Cristo, y sin él, desconoce cuál es este centro. Especula sin fundamento, no alcanza nunca un fin y se condena sin remedio. Su conocimiento del bien y del mal y sus facultades morales acaban por extraviarlo, porque los utiliza para asuntos mucho más elevados que los relativos a las cosas físicas, y producen en él la necesidad de conciliar principios en apariencia contradictorios, que no pueden conjugarse dejando a Cristo de lado. Por otra parte, su tendencia es convertirse en centro de todo, falseando la realidad.

Los cristianos, por tanto, debían andar con sencillez en los caminos del Señor, de igual forma que recibieron a Cristo. Su progreso tenía que reflejarse en el conocimiento y en la plenitud del verdadero centro.

Cuando los hombres se ocupan de estas cosas desde un punto de vista filosófico, la escasez de los recursos empleados los deja en manos del intelectualismo y la tradición, y cuando la religión pasa a un primer plano con la pujanza de sus tradiciones, aquellos acatan todo su poder.

En otro tiempo, el judaísmo ofrecía unas pretensiones elevadas a esta clase de religión. Aliado con las especulaciones humanas, iba en pos de ellas con diligencia para adoptarlas al fin, al tiempo que presentaba pruebas de un origen divino y un testimonio de la unidad de la deidad que el vacío de barbaridades de la mitología pagana, y el acopio de conocimiento humano sobre lo divino, hacían creíbles. Esta relativa pureza era proclive a querer erradicar —para las mentes iluminadas— la lacra del sistema pagano. Aun así, el sistema judío, por causa de la muerte de Jesús, había perdido todo derecho a la verdadera adoración a Dios y se transformó en un instrumento ideal de Satán para hacer frente a la verdad, merced a las ventajas que brindaba la pureza falaz de sus dogmas. En todo momento se adaptaba a la carne basándose en los elementos mundanos, puesto que, con este medio reconocido por Dios, se probaba a los hombres en la posición que ocupaban. Pero él ya no estaba en este sistema, y los judíos, movidos por envidia, instaban a los gentiles a la persecución. El judaísmo buscaba alianzas y especulaba

con el paganismo para corromper y socavar las bases del cristianismo, destruyendo así su testimonio.

En principio, esto siempre ha sido así. La carne podrá menospreciar las tradiciones, pero lo puramente intelectual no llenará ningún hueco de la humanidad si no posee algo de religión. La carne no posee la verdad ni el mundo propio de la fe, por eso son necesarias la superstición y las tradiciones para la inmensa mayoría; es decir, una religión de la que pueda valerse y echar mano la carne. Por Su poder, Dios puede preservar una porción de la verdad, o bien permitir que se corrompa toda, pero en cualquier caso la verdadera posición del cristiano y la doctrina de la asamblea acabarán olvidándose.

Cabe la posibilidad de considerar la filosofía separada de la religión carnal, y viceversa, pero aun así carece de poder y es atea, y la religión de la carne, intolerante, legal, supersticiosa y hostigadora.

En nuestro capítulo, la filosofía y la sabiduría humanas se identifican con las tradiciones que caracterizan los elementos del mundo. Son contrarias a Cristo, pero en él tenemos el perfecto contraste con la carne y la realidad de todo lo que la ley pretendía ofrecer o presentar bajo figuras; él es, al mismo tiempo, la respuesta a nuestras necesidades. Es lo que argumenta aquí el apóstol: mostrar la muerte y la resurrección con Él como medio de participar en ella.

Ante todo, habita en Cristo la plenitud de la deidad. En vez de las vagas especulaciones humanas y sus fantásticos eones, tenemos la plenitud de Dios en un cuerpo humano real, así de eficaz, en la persona de Jesucristo. Estamos completos en él; no necesitamos nada más<sup>6</sup>. Por una parte, tenemos a Dios presentado de manera perfecta en toda su plenitud, y por otra poseemos la perfección total en esa plenitud delante de él. No carecemos de nada en nuestra posición. En su plenitud, Dios está en Cristo como Hombre, y nosotros en él, en su presencia, perfectos en la Cabeza de todo principado y potestad, ante los cuales el hombre, en su ignorancia, ¡doblaría la rodilla! Estamos en el que tiene la plenitud de la deidad. Él supera a todo principado en lo relativo a su posición y derechos como Hombre exaltado.

El apóstol aborda los detalles aplicativos que demuestran que los fieles lo poseen todo en Cristo, pues son vistos en la tierra por la posición que Él ha tomado, sin que ellos tengan que preocuparse de buscar nada más.

La circuncisión tenía su realidad en Cristo. Era la señal divina del pacto con los judíos, la del abandono de la carne, requisito para formar parte del pueblo de Dios. Mediante el poder de la vida que está en él —que ya es de ellos, tras haber sido hechos partícipes de la eficacia de su muerte—, los cristianos se tienen por muertos y se han despojado de este cuerpo mortal por la fe. He aquí la verdadera circuncisión de Cristo hecha sin manos. La circuncisión de manos era solo la señal de la negación del cuerpo carnal, el privilegio del cristiano. Teniendo una vida nueva en Cristo, el creyente ha sabido desprenderse del viejo hombre de la manera más eficaz.

Estamos sepultados con él por medio del bautismo —esto es lo que significa—, y en el bautismo también somos resucitados con él por medio de la fe en la operación del poder divino, la que resucitó a Cristo de entre los muertos. El bautismo era la señal y expresión<sup>7</sup> de la fe en la

---

<sup>6</sup> Dichas expresiones se refieren al doble carácter de Cristo expuesto en el cap. 1. Nos muestran de manera fehaciente lo que tenemos en él, de lo que se desprende la aplicación a todas las cosas que nos impedirían disfrutarlo. Cristo es la plenitud de la deidad, el objeto de nuestro deleite, en quien poseemos todas las cosas. También tenemos su posición sobre la creación, que él ha hecho perfecta. Estamos completos en la Cabeza de todo principado y potestad. En lo que respecta a la fraseología, el cambio de una palabra por otra no es la mejor solución, ya que solo es una indicación de la manera de pensar del apóstol. En Cristo mora toda la abundancia de la deidad, y nosotros estamos completos en él.

<sup>7</sup> Hay quien no relaciona «resucitados» con el bautismo. En este caso entiendo que el pasaje debe leerse de la siguiente manera: «En quien estáis también circuncidados con circuncisión no hecha de manos, al desprenderos del cuerpo de la carne por la circuncisión de Cristo, habiendo sido sepultados con él en el bautismo; en quien asimismo estáis juntamente resucitados (con Cristo) a través de la fe...». Lo que significa claramente el bautismo es muerte, no el acto de bautizar, sino la salida del agua, lo que podría aplicarse a la resurrección. La donación de vida no es en

operación del Dios que le resucitó, por cuyo medio se efectúa en nosotros esta maravillosa resurrección con él a una escena y estado nuevos: una muerte feliz, mejor dicho, una participación en la muerte de Aquel que lo ha logrado todo por nosotros. Y cuando digo fe, me refiero al poder del Espíritu divino en esta obra. El poder de Dios, que obró en Cristo, sigue operando para darnos esta posición. Desde el punto de vista de nuestra resurrección con él, implica que recibimos el perdón de manera perfecta y por la eternidad, por el mero hecho de recibir su resurrección. Estábamos bajo el peso de nuestros pecados, muertos. Este peso es el que Cristo llevó; murió por nosotros, logrando al descender a la muerte que fuéramos librados de ellos. Resucitados con él, participamos de esta vida que posee de revivido, y tras abandonar todo el peso de los pecados y la condenación, con la muerte que llevaban implícita, hemos sido también liberados. «Habiendo perdonado todos vuestros delitos...».

Cuando Cristo resucitó, dejó atrás la muerte y el peso de la condenación que nos oprimía; así, estamos resucitados con él. Naturalmente, al resucitarnos Dios del estado en que nos encontrábamos, no lo hizo para condenarnos o dejar adherida la condenación a esta nueva vida. Él llevó la condenación y satisfizo la justicia divina, muriendo para quitar el pecado antes de darnos la vida. Dios nos sacó de la muerte y de la condenación que él había soportado. Esto se relaciona con otro aspecto de la obra de la gracia, mencionada aquí y en Efesios, Jn 5 y 2Co 5. El que está vivo en sus pecados está muerto para con Dios. Si observo a alguien vivo en ellos, la muerte no puede sino actuar, como lo ha hecho en la cruz (cf Ro 6). Este aspecto de la muerte no lo especifica Efesios, pero sí Romanos. Colosenses habla tanto de la muerte de Cristo como de la resurrección en él, lo que no hace Efesios. Se nos ve muertos en pecados, sin una vida que vea Dios, y todo lo posteriormente bueno es una nueva creación basada en sus designios. Somos vivificados juntamente con Cristo; estábamos muertos en el pecado. Colosenses retoma este aspecto con la salvedad de no tratarlo como una nueva creación. Pero en los dos sitios se ofrece una vida nueva cuando estábamos muertos. Efesios lo explica al comienzo, con Cristo resucitado y glorificado, y nosotros con él en virtud del mismo poder. La epístola ofrece la explicación sobre la administración de esta doctrina de la muerte en el bautismo y nuestra resurrección por la fe en la operación divina en Cristo. En Efesios, la gracia nos ve muertos y nos da vida con él; Colosenses, vivos en los pecados, pero nos presenta también la muerte y la resurrección, concluyendo con la vivificación en Cristo.

De este modo, fueron borradas las ordenanzas de los rudimentos del mundo que se aplicaban al hombre en la carne, con el peso insoportable de un yugo que sometía servilmente la conciencia a un servicio que no podía llevarse a cabo, y que evidenciaba una justicia insatisfecha. Ejercía, por otra parte, una carga sobre los judíos, a la que también querían someter a los demás. En dichas ordenanzas dejaron su huella, por así decir, para su deshonra; sin embargo, la imposición de estas ordenanzas se invalidó cuando fueron clavadas en la cruz. Nosotros recibimos libertad, al igual que vida y perdón.

Había el poder de los principados y potestades que iban en nuestra contra, las fuerzas de una maldad espiritual. Cristo ha vencido estas potestades en la cruz y las ha eliminado, triunfando sobre ellas. Todo lo que nos era contrario ha quedado descartado, con el fin de introducirnos en esta nueva posición una vez liberados. Lo que el apóstol dice sobre la obra cristiana no trasciende aquello que efectuó nuestra liberación para llevarnos a los lugares celestiales. Habla de los derechos de Cristo, no de nosotros sentados en esos lugares, ni de él llevando cautivo al enemigo. Tampoco dice que estemos sentados allí. Ya se hizo todo lo necesario para introducirnos en ellos, pero a los colosenses se los ve en esta tierra a pesar de su condición de resucitados, en claro peligro de perder de vista esta posición, que era suya en virtud de su unión con Cristo, y de retroceder hacia los elementos mundanos y carnales. Por eso el apóstol intenta llevarlos de nuevo hacia ella, mostrándoles lo que Cristo había cumplido como requisito para quitar del camino todo obstáculo, que pudiera ser suya otra vez. Ahora bien, no

---

ningún modo el significado del bautismo, ni siquiera como figura, sino el abandono de la vida de Adán a través de la muerte de Cristo, la entrada a través de esa puerta a un lugar y posición totalmente nuevos.

puede hablarles de la posición tal cual porque no eran conscientes de estar en ella. En las cosas de Dios, no podemos comprender nuestra posición sin hallarnos dentro. Él nos la revelará y nos mostrará el camino, lo que hace aquí el apóstol respecto a su Persona, que podía devolverlos a dicha posición. Expone también el aspecto de la eficacia de su obra para soltar los grilletes que los retenían y mostrarles que se habían quitado todos los impedimentos. No le queda más remedio, en suma, que achacar todo a los peligros que los acechaban para poder hablarles de los gloriosos resultados obtenidos en el cielo.

Las ordenanzas judías eran solo sombras. Cristo era la sustancia. Al poner a los ángeles como objetos dignos de adoración entre ellos y Cristo, esta distinción los apartaba de la Cabeza del cuerpo, la cual era sobre todo principado. La sencillez de la fe cristiana contemplaba la Cabeza de la que el cuerpo obtenía directamente el alimento, desarrollándose a medida que crecía. Su fe en los ángeles fingía humildad, de manera que los colosenses eran introducidos en una relación con seres superiores y ensalzados que podían hacer de mediadores. Pero había dos faltas muy relevantes en esta aparente humildad. La primera, su fe devota como pretensión de penetrar en los secretos del cielo que desconocían. ¿Qué sabían ellos de la posición que ocupaban los ángeles, que los hiciera objetos de adoración? Pretendían llegar hasta el cielo y medir sus relaciones con las criaturas divinas, al tiempo que ignoraban a Cristo, porque se dejaban guiar por su voluntad al relacionarse con ellas. En segundo lugar, negaban la unión que tenían con él. Nada había que pudiera interrumpirla, pero si algo lo hacía es porque seguían muertos. Por medio de esta unión, eran uno con Aquel que estaba por encima de los ángeles. Recibían comunicación a través de los miembros del cuerpo sobre los tesoros de la gracia y la vida de la Cabeza. Los vínculos mutuos se fortalecían entre los miembros y el cuerpo crecía.

A continuación, se detallan dos aplicaciones de la doctrina sobre el hecho de que estaban muertos y resucitados. Este principio mortal lo aplica Cristo a las ordenanzas, y a toda la doctrina ascética que el cuerpo despreciaba. Utiliza la resurrección para llevar sus corazones a una esfera más alta y retrotraerlos a Cristo con la mirada levantada, dado que estaban muertos en cuanto al viejo hombre.

Para aclarar estas enseñanzas y la relación que guardan entre ellas, observamos la manera en que el apóstol señala el doble peligro que entrañan la filosofía y la tradición humana, en comparación con Cristo (Col 2:3; vv 9-15). Mientras que nos identifica con Él, el apóstol habla más de la sustancia de Su obra que de esta identificación. En los vv 16-19, la aplica primero a la obediencia a las ordenanzas, es decir, a la perspectiva judía acerca de este doble peligro, y luego mide la obra divina con la filosofía gnóstica<sup>8</sup>, la falsamente llamada ciencia vinculada directamente con el judaísmo —en la que el sistema también estaba inmerso—, reproducida bajo una nueva forma. A partir del v 20, se aplica nuestra muerte y resurrección con Cristo a estas mismas cuestiones, con la consecuente liberación de los pensamientos de los colosenses, que son llevados a lo alto.

Ellos no son los únicos que han tenido que encarar este peligro. Lo realmente importante es que estos principios han causado la ruina de la iglesia en todas las épocas. Se corresponden con el misterio de iniquidad<sup>9</sup>. Tanto han evolucionado desde entonces, y tan variados efectos han producido, que han adoptado distintas formas procedentes de otras bases que también

---

<sup>8</sup> El término da a entender un conocimiento profano y no escritural, pero no es el caso. La ciencia, como la llama aquí el apóstol, y de la que habla en otras partes, es *gnosis* en griego, de donde procede la filosofía pretenciosa y corrupta conocida como gnosticismo. Desempeña un papel esencial en la historia de la iglesia, del que no hablaré aquí. Sus principios se exponen con frecuencia en el Nuevo Testamento, y los apóstoles los presentan para poder lidiar con ellos. Los judíos se habían dejado convencer por la idea de una obra mediadora de los ángeles, aunque no se expresaba exactamente de la misma manera que en la filosofía gnóstica.

<sup>9</sup> Imperaba en la época apostólica y Pablo opuso resistencia, con la energía que le proporcionaba el Espíritu Santo. Después de su partida, este poder desapareció también. La iglesia histórica nunca poseyó los dos principios fundamentales del cristianismo: la perfección en Cristo («por una sola ofrenda los ha perfeccionado para siempre»), y la presencia y poder orientadores del Espíritu Santo, que el clero y los sacramentos suplantaron.

fueron asentadas por la providencia soberana de Dios. Constataremos su importante significado, sencillo pero decisivo, en los siguientes versículos.

Lo que hemos citado hasta el v 20 ha juzgado todo este sistema judeo-filosófico desde el punto de vista de la obra cristiana, de la resurrección y de la unión celestial. A continuación, vamos a considerar el sistema desde nuestra posición.

Los pasajes de antes demuestran que el sistema era falso, mientras que la obra cristiana era totalmente lo contrario. Ahora aduce un sistema absurdo no aplicable a nuestra condición, y hacerlo de todas formas con otro distinto es, a todas luces, imposible dada la posición en que nos encontramos. Por un lado, se trata de un sistema erróneo, nulo y sin contenido frente a un Cristo veraz que está en el cielo; por otro, de un sistema vano que contradice nuestra condición cristiana. Presupone que obtiene la vida en este mundo por la adquisición de las relaciones con Dios, fundamentadas en dicha vida, al tiempo que mortifica la carne en personas que por causa de su fe están muertas. Pero estamos, dice el apóstol, muertos a los rudimentos del mundo, a todo principio en el que su vida hace acto de presencia, ¿Por qué, como si viviéramos todavía de él, nos sometemos a ordenanzas a las que este sistema transmite su vitalidad haciendo que existan? Son mandamientos aplicables a las cosas que perecen y que carecen de toda relación con lo eterno y celestial. En realidad, sí tienen apariencia de humildad y autosacrificio, en lo que al cuerpo se refiere, pero carecen de cualquier vínculo con el cielo, la esfera de la nueva vida. No reconocen, de la mano de Dios, el honor de la criatura, que conserva un lugar de respetabilidad. Mantienen a un hombre carnal sujeto a la carne mientras pretenden liberarnos de ella, y desvían al creyente de Cristo con la intercesión de los ángeles por el alma y el lugar de bendición celestial, cuando en realidad lo que nos une a él se encuentra más allá de estos poderes.

Estas ordenanzas tenían que ver solo con las cosas corruptibles. No se relacionaban con la vida nueva, sino con el hombre que vive en su vida carnal, respecto a la que los cristianos están moralmente muertos. Y en lo concerniente a esta vida, estos decretos no reconocen como corresponde el cuerpo creado por Dios.

Por tanto, el sistema de ordenanzas había perdido a Cristo, su sustancia. Mantenía su vínculo con la soberbia que aspiraba a entrar en el cielo, buscando una relación con seres con quienes no sabemos la manera de entablarla. A causa de esta soberbia, el sistema se apartaba de la Cabeza del cuerpo y repudiaba cualquier relación con la fuente de la vida, la única posición real que el alma posee ante Dios. Falseaba también nuestra postura terrenal, tratándonos como si aún permaneciéramos vivos en el viejo hombre, cuando lo que estamos es muertos a él. La deshonra vino así a la criatura, que no se reconocía de origen divino.

Lo que era un peligro para los cristianos en tiempos del apóstol, lo sigue siendo también para el cristianismo.

La posición del cristiano queda así establecida, pero su aplicación a todas estas cuestiones trata más del riesgo que corremos que de nuestros privilegios celestiales. La gracia nos ha provisto de todo lo necesario, utilizando los privilegios y fe de algunos por medio de advertencias y enseñanzas para soportar los errores.

### Capítulo 3

Empiezan ahora las exhortaciones basadas en la verdad que hemos ido viendo. Se adaptan al estado en que vivían los colosenses, es decir, resucitados con Cristo, no sentados en los lugares celestiales.

Resucitados con él, tenían que poner sus sentimientos no en las cosas de abajo, sino en las de arriba, donde Cristo está sentado a la diestra divina. El hecho de mirar, aun aduciendo sus razones, arriba y abajo a la vez, es imposible. La respuesta está en la posición que ocupamos: estamos muertos y nuestra vida está escondida con Cristo en Dios. No dice que debamos morir. El hombre no puede hacer eso por propia voluntad: es imposible negar la voluntad por la misma

voluntad; tampoco lo hará la voluntad de la carne. Si esta actúa, no cesará, estamos acabados, por lo que aquí tenemos la aleccionadora verdad sobre el cristiano. Ha recibido la vida en virtud de la muerte de Cristo, y todo lo que este hizo por el creyente le pertenece. Por lo tanto, está muerto porque Cristo murió por él. La vida con la que está relacionado el poder de la tentación, la culpa y los ataques del pecado, deja de existir para la fe. Por la muerte, todo lo que se relacionaba con ella llega a su fin, y lo que mantenía vínculos con la vida del viejo hombre era el pecado, la condenación, la debilidad, el temor, la falta de suministro de fuerzas contra los ataques del enemigo, y todo ello ha pasado. Tenemos una vida oculta con Cristo. Aún no hemos sido manifestados en su gloria, como lo seremos ante la mirada de todos en el cielo y la tierra. Nuestra vida está escondida y a salvo en la Fuente eterna, en la porción del que está oculto en Dios como vida de nuestra posesión. Cuando se manifieste, nos manifestaremos con él.

Fijémonos que el apóstol no habla aquí de la unión con Cristo, sino de nuestra vida, del hecho de que estamos muertos y que la tenemos escondida en Dios. No menciona la asamblea en lo que respecta a nuestra posición, sino —no hay duda— a él como Cabeza, lo relativo a su gloria personal, pero no del modo en cómo nos afecta; esto lo hace más adelante. Desde luego, cada uno tenemos nuestro lugar en Cristo. No habla de la unión con otros cristianos. Tenemos esta vida en él, y sin embargo no vemos aquí nuestra unión como cuerpo, sino el carácter individual del creyente, para quien la Cabeza lo es todo.

Lo que es también importante observar, en relación con esta verdad, es que la epístola no dice nada sobre el Espíritu Santo. El apóstol habla prácticamente del amor de los colosenses en el espíritu, al que no menciona la doctrina de la epístola. Cuando dice «no hay judío ni gentil», también se refiere al nuevo hombre, no que seamos uno en Cristo. Todo individuo tenía que sujetarse a la Cabeza, pues ya no pertenecían a este mundo; estaban muertos y sus vidas las tenían ocultas en Dios. Era algo personal que debían conocer y afianzar como un fin ineludible, para ser guardados de las artimañas del enemigo. En otro lugar vemos la mayoría de cosas que el apóstol menciona y que tienen que ver con el fruto espiritual de la comunión y la unidad. Pero aquí son solo frutos originados en la naturaleza de dicha vida. Como resultado, es bastante normal que no se mencionen como enseñanza la unidad y el conjunto de toda relación espiritual, tras ser presentado el Espíritu Santo.

En la Epístola a los Efesios hallamos por todas partes esta operación espiritual, que define el progreso de la comunión con la Cabeza. Así, estamos sellados de manera personal por el Espíritu de la promesa, las arras de nuestra herencia, y tenemos acceso al Padre por medio del un Espíritu. Asimismo, juntos somos edificados para habitación de Dios a través del Espíritu Santo. La unión de los gentiles en un cuerpo se revela ahora de un modo espiritual: los santos son fortalecidos espiritualmente en el hombre interior; hay un cuerpo y un Espíritu; no debemos entristecer el Espíritu, sino ser llenos de él; la Palabra es la espada del Espíritu, etc. La unión del cuerpo y nuestra resurrección con Cristo, el hecho de estar sentados en los lugares celestiales, y todo lo que proviene de esta unión, recibe aquí su explicación. También el Espíritu nos une, como cuerpo, a Cristo, con la peculiaridad de que él es la presencia divina en la iglesia y actúa en nosotros garantizando nuestro futuro, constituyendo nuestra fuerza para el momento actual. Se halla en todas partes para completar la verdad y conferirnos su vivo poder en la asamblea.

La mayoría de las exhortaciones de la carta a los efesios son casi las mismas que las pronunciadas a los colosenses. Guardan relación con el Espíritu en Efesios, mientras que aquí están relacionadas con la acción de la Palabra y la gracia en el corazón. Esto confiere un amplio espectro a la doctrina de la Epístola a los Efesios, en lo relativo a nuestra posición terrenal, puesto que presenta a Dios morando en nosotros por el Espíritu, llenándonos tanto en el plano individual como en el de la colectividad del cuerpo. Nos ofrece toda una esfera de aplicación de los consejos divinos. Por el contrario, la posesión de vida es, en cierto modo, tan importante como la presencia y morada espiritual. Hace nuestra la bendición, no simplemente una operación en nosotros, y, como hemos visto, revela mucho más el carácter de la vida divina, mientras que Efesios la compara con el estado anterior.

En la Epístola a los Romanos, tenemos esta acción y presencia espiritual reveladas de manera extraordinaria al individuo. Le caracterizan de manera vital en el principio de la resurrección, dando testimonio a los creyentes de que son hijos, llenándolos de gozo, como herederos, con la esperanza de la gloria, apoyando nuestras flaquezas y la fuente de nuestras súplicas y gemidos. En Romanos se trata del vínculo establecido en nuestra relación personal con Dios; en Efesios, de la presencia divina en nosotros, en lo que respecta a nuestra unión con Cristo como cuerpo.

Debo llamar la atención sobre algo que arroja luz sobre el propósito del Espíritu Santo en las epístolas. El punto de partida en Efesios son los consejos divinos: el hombre es contemplado tal cual, sin ningún latido de vida en lo concerniente a Dios; está muerto en delitos y pecados y es, por naturaleza, hijo de la ira. Pero Dios es rico en misericordia y le resucita con Cristo, que descendió a la muerte y le sitúa en el lugar de sus consejos, en su misma posición. Somos hechura suya, nuevas criaturas. Dios se complace en introducirnos en su presencia, según su naturaleza y consejos. No se ve al hombre vivo en la carne y que, de una forma u otra, tuviera que morir; no era necesario. Los efesios tenían que comprender, por una parte, el pleno contraste entre Dios y el hombre, y por otra, su estado pecaminoso, como dictaba la naturaleza. En su epístola todo es obra de Dios, por el designio original de su corazón, naturaleza y voluntad. El hombre está ya muerto, pero Cristo no ocupa aún Su posición, resucitado, ni está exaltado en lo alto hasta que a aquel no se le ve muerto. Los colosenses, en cambio, corrían el riesgo de someterse a las ordenanzas, y a resultas de ello se hallaban en disposición de considerar al hombre como vivo en el mundo. El apóstol les comunica el sentimiento de que están muertos con Cristo. Tenía la obligación de inculcarles donde sea que estuvieran que el cristiano era alguien muerto, que su vida terrenal estaba resucitada con el Señor.

Efesios no enseña que el hombre está muerto con Cristo, sino muerto en sus pecados, momento en que Dios comienza a actuar al respecto. Ninguna persona está viva para con Dios. El cristiano es vivificado juntamente con Cristo, dado que estaba antes sin vida.

Esta característica de los colosenses, la permanencia en la vida o en el nuevo hombre, posee valor para nosotros, no precisamente pequeño, puesto que la vida, la nueva naturaleza, y la gracia que obra en ella tienen menor relevancia en Efesios, donde el asunto tratado es que la energía divina crea a hombres en Cristo y los une a él, llenando también al creyente y la asamblea de la naturaleza y carácter del nuevo hombre, y por ende de Cristo, del mismo Dios.

Podríamos suponer que era solo el Espíritu Santo quien actuaba en la plenitud de su poder y llenaba al individuo y la asamblea, pero en Colosenses tenemos una nueva naturaleza, un cambio intrínseco, en realidad no de la carne, pero sí del hombre. Se nos ve, no simplemente vivificados por el Hijo, sino muertos y resucitados con él, con el Hombre que murió para que pudiéramos pasar —cambiando de lugar— de la antigua posición de hijos de Adán a otra de resucitados con el nuevo. Esta posición se convierte inmediatamente en el origen de unos gustos y sentimientos, deseos, razonamientos y capacidades morales en sintonía con la naturaleza divina, siendo Dios quien la ha hecho nacer en el corazón. Somos renovados en el conocimiento según la imagen de Aquel que nos ha creado. Por otra parte, este origen no es otra cosa que la vida que necesita que el Espíritu Santo le revele unos objetos aptos y que despierte esos gustos y sentimientos que la satisfagan y la hagan avanzar. Necesita que el Espíritu de Dios actúe en ella para fortalecerla, pero no deja de ser que se trata de una vida real, una naturaleza que une sus gustos a su mismo ser<sup>10</sup>, que al ser iluminada por el Espíritu Santo es consciente de su propia existencia, en la cual somos hijos de Dios, nacidos de él. Tampoco resta ninguna importancia el

---

<sup>10</sup> Esta diferencia entre los actos del Espíritu y la existencia de la nueva vida es con lo que se relaciona la libertad del alma. Cuando nacemos de Dios, se genera en nosotros el gusto por la santidad: el amor actúa y nos agrada ver la justicia divina. Pero en virtud de estos sentimientos (aunque el corazón valore el amor de Dios, que ejerce su atracción y me inspira cierta confianza), mi conciencia seguirá condenándome y me hará sentir que no soy aquello que amo. Estoy bajo la ley y tengo dudas respecto a mi relación con Dios. Pero cuando he aprendido el valor que tiene la sangre de Cristo y que él es mi justicia, el Espíritu Santo, que mora y obra en mí, me hace consciente de que tengo una relación con Dios. Mi alma está concienciada, y el Espíritu da testimonio de ello. En una palabra, hay libertad.



hecho de que debamos aprender, en lo que a la vida de la carne se refiere —aun en el aspecto negativo, cuando pensamos en ello—, que estamos muertos y que Dios no hace ninguna distinción del viejo hombre. Él se complace en una nueva naturaleza, que es nuestra por gracia, y también reflejo moral de la suya.

Nuestros miembros terrenales, extraños a todo signo de vida, deben ser sometidos a muerte y negados, porque pertenecen al viejo hombre. El cristiano tiene su vida donde está Cristo. Estos miembros provocan la ira de Dios sobre los hijos de desobediencia. Los cristianos caminaban en estas cosas cuando vivían su propia vida, pero ya no es el caso. No solo niegan ahora los pecados más viles, fruto de una flagrante codicia, sino también las obras de una voluntad irrefrenable y de un corazón sin conquistar, actos de la voluntad propios de esa naturaleza que no conoce a Dios y no se gobierna por su temor. Toda la ira, maldad y mentira<sup>11</sup> provienen del egotismo y del temor. La verdad reina en el corazón, que se ha despojado del viejo hombre por la simplicidad del nuevo, y se renueva en el conocimiento por la imagen del que lo creó. El nuevo hombre anda en la luz. No se trata de una conciencia que juzga el bien y el mal en función de la norma que deberíamos adoptar como poseedores de la naturaleza de seres responsables. Un hombre nuevo juzga al viejo, y lo hace sopesando el bien y el mal por el conocimiento que tiene de Dios, lo que llamamos despojarse del viejo hombre.

Antes de que llegara a conocerse el cristianismo como la plena revelación de Dios, había, huelga decirlo, almas nacidas de nuevo, pero su norma de conducta provenía de la responsabilidad humana. Era una norma que, aparte de la piedad y la misericordia que pudiera inspirar, constituía, al lado de la ley, la medida perfecta para que el hombre pudiera actuar de manera responsable ante Dios. Estos santos no distinguían entre el nuevo y el viejo hombre, aunque era obvio que tenían conciencia, en muchos aspectos, de la vieja naturaleza y de los gustos e inclinaciones de la nueva. Así, el sentido del mal provocado por la mentira no afectaba sus conciencias de igual modo que a los cristianos. Hoy, el nuevo hombre se renueva en el conocimiento según la imagen del que lo creó. Dada Su naturaleza, Dios es la norma del bien y el mal, el hombre nuevo conoce esta naturaleza, ya que participa inteligentemente de ella y posee su luz, lo que constituye un maravilloso privilegio para el cristiano. Dios obra en esta naturaleza, pero para comunicarla ha puesto al hombre en esa posición. Cristo es el modelo perfecto de esta figura, el tipo del nuevo hombre.

Las diferencias desaparecen; solo permanecen el viejo hombre, que reconocemos muerto, y el nuevo. Para el nuevo hombre Cristo lo es esto, de modo que no hay otro sino a quien ve y reconoce, y Él está en todos los creyentes. Como elegidos, además de santos y amados, los cristianos se visten de su carácter y misericordia, de su gracia, humildad, mansedumbre, paciencia, y del perdón que se dispensan unos a otros en el caso de que haya habido ofensa, como lo ha hecho Cristo con nosotros<sup>12</sup>. Finalmente, se revisten del amor y del vínculo de la perfección, de lo que transmite un carácter divino a las cualidades cristianas enumeradas, y pasan por un cuidadoso examen a la hora de recibir como amigable una naturaleza otorgada por la gracia, pues el amor de Dios es santo.

Observemos que el acto de vestirnos de estas cualidades se realiza desde la conciencia del lugar bendito que poseemos ante Dios, expresado con las palabras «elegidos de Dios, santos y amados». Como tales lo ocupamos, y no podemos hacerlo de otra manera. Siendo el sentido de

---

<sup>11</sup> Estos tres conforman el carácter del mal en el hombre, generalmente violencia y corrupción. Esta adquiere la forma de codicia y falsedad. Así, antes del Diluvio la tierra se corrompió delante de Dios y se llenó de violencia. La falsedad nace por la corrupción de Satanás, y la violencia es instigada por él. El Señor afirma que es mentiroso y homicida; el hombre añade a todo ello la codicia por causa de su carne.

<sup>12</sup> La paciencia, la generosidad y la perseverancia caracterizan al cristiano. No deja de sorprendernos que este caso se repita; así es como debe ser en un mundo como el nuestro. Así era con Cristo. En 1Co 13, los rasgos del amor se ajustan a estas propiedades porque son también cristianos. No se trata de ninguna definición del amor, sino de una propiedad. Donde no abundan estos rasgos, tampoco el amor.

este favor sublime, la gracia crece en el corazón. Lo mismo pasa en Efesios: «como hijos amados».

Varias de estas cualidades toman su semblanza de las cosas de la naturaleza; pero la energía, los rasgos y vínculos del amor, activos en la comunión con Dios, no se encuentran en ella, y concluimos que la transmisión de este carácter, energía y firmeza sirve para manifestar cualidades que solo el amor puede reflejar. Dios es quien actúa en la naturaleza que nos ha comunicado. Quienes moran en el amor lo hacen en él, y viceversa. Respecto al estado del alma, hay una corona al final del camino que adornará la frente de cuantos ahora andan en él. La paz de Cristo reina en el corazón, una paz amable y difícil de describir, que nada perturba a pesar de que Su espíritu vio todo tipo de pruebas, acompañado de Dios. El Dios de paz también nos ha llamado a seguir este camino. El apóstol presenta la unidad del cuerpo no en el sentido de los privilegios que tenemos en Cristo, sino en cuanto a que los cristianos son llamados a permanecer juntos en la unidad de la que es sello y vínculo la paz. A resultas de ello, se producirán acciones de gracias, ya que el alma es consciente del amor y la actividad divina. Todo parte del amor hacia esta expresión de gracias.

Sin embargo, además de la paz y estas acciones de gracias la vida avanza con el conocimiento de lo que está revelado, y esto constituye su alimento y gozo. También es motivo de placer en la actividad vital y en el amor hacia los demás. El gozo de Dios y de lo que hay en su presencia conduce hacia esta actividad alegre. Cuando se disfruta de veras, el resultado es la libertad gozosa de una naturaleza saludable, de la actividad del amor connatural a ella, que recibe su energía de la comunión y la naturaleza divinas. La palabra de Cristo exhibe todo lo revelado al alma, en virtud de lo cual esta vive y puede tener amplia libertad con una norma y fuerza activa que la aconseja. El alma es la expresión de esta naturaleza y la revelación de todos sus caminos, de su energía activa en el amor reflejado.

Una vez dicho esto, el apóstol exhorta a que la Palabra abunde en ellos. La manera que tiene de crecer según la perfección del nuevo hombre. La sabiduría divina le forma y le dirige. Este crecimiento se lleva a cabo a través de la comunión con el Señor, manteniendo la relación con él. Los santos pueden enseñarse entre sí y darse palabras de amonestación, ya que en la Palabra hallan sabiduría. En este sentido, no solo aprendemos a ser sabios, sino que conocemos los afectos que nos hablan de Cristo, de forma que estas expresiones de la vida cristiana y la verdadera sabiduría toman forma en el corazón a modo de alabanza y acciones de gracias cuando cantamos Sus excelencias. Todos los afectos íntimos, gracias a los cuales evoluciona la vida espiritual, se expresan por lo que hemos aprendido, pues emanan del Espíritu de Cristo y manifiestan la relación que el alma tiene con él, así como los sentimientos que esta produce en el corazón. Cristo en persona —objeto de estos pensamientos, con los resultantes frutos morales— sostiene, por el conocimiento de su presencia, la relación y comunicaciones del alma ocupada en sus alabanzas.

Este conocimiento de la relación con Cristo, en la vida que es suya y está en nosotros, se aplica a todo. No se efectúa nada sin que él lo sepa. Si él es la vida, todo lo que esta hace es situarle como fin y objeto del corazón. Está presente como razón gobernante que transmite su fuerza a nuestras acciones, encargándose de que las cumplamos. Todo está relacionado: no podemos comer sin él (¿cómo vamos a hacerlo si es nuestra vida?), no bebemos sin él, hacemos cosas, las decimos y las terminamos en el nombre del Señor Jesús... Luego está su presencia, el conocimiento de que no podemos hacer nada, que no sea carnal, sin su ayuda, porque la vida que tenemos actúa de forma inseparable de él, teniéndole en cuenta en cuanto a los objetivos que se propone, del mismo modo que el agua vuelve a subir al lugar de donde ha bajado. ¡Y qué vida! A través de él y del conocimiento del amor divino, damos gracias a Dios Padre.

Es importante ver que la vida del cristiano no se define solo por ciertas cualidades subjetivas que emanan de Cristo, sino como meta y objeto del corazón y la mente en todo lo que nos proponemos. En todas las cosas, él está presente y reina personalmente en el corazón.

Para el ojo humano inexperto, la naturaleza suele confundirse con la gracia, en cambio el conocimiento inteligente de Cristo, como objeto del corazón —ya de su presencia, ya del sello

de su aprobación cuando pensamos en él—, no puede confundirse con nada; nada puede parecerse o sustituirlo. Cuando se revela al corazón y andamos con él en comunión, buscando la luz de su semblante y los trazos de su favor en el alma, le conocemos de forma personal e íntima. Nadie salvo él puede comunicarse así al alma cuando recorremos el camino de la voluntad divina, como dice la Palabra.

Después de estos principios sumamente importantes de la nueva vida, el apóstol pasa a considerar sus diversas relaciones avisando de lo que puede tenerlas en el albur, y nos enseña el carácter cristiano que tienen cada uno de estos principios. Para la esposa, reside en la obediencia (el afecto era algo natural en ella): «tu deseo será para tu marido». Para el marido, estriba en el afecto y la gentileza (su corazón podía caer en la indiferencia y enfriarse). Los hijos tienen que ser obedientes; los padres, cariñosos, a fin de que los afectos filiales no desaparezcan y los hijos no se vean obligados a buscar la felicidad en el mundo, en vez de hacerlo en el santuario del círculo doméstico que Dios ha formado para proteger a quienes crecen con debilidad. El afecto del inestimable hogar (si acepta a Cristo en su seno), donde el corazón puede ejercitarse en los lazos que Dios ha formado, se demuestra en relación con el Señor, y el hogar que atesora estos afectos se guarda de las pasiones y de hacer las cosas por su cuenta. Si su energía se desarrolla de forma apropiada, adquiere unos matices que, a pesar del pecado y el desorden, avivan la conciencia y ejercitan el corazón, guardándolo del mal y de la acción directa de Satanás.

Sé, desde luego, que se precisa otra clase de poder para liberar el corazón del pecado y que se guarde de pecar. La naturaleza, tal como Dios la creó, no da la vida eterna, no restaura la inocencia ni limpia la conciencia. Pero por la energía del Espíritu podemos consagrarnos a Dios sin mediar estas relaciones naturales, incluso renunciar a ellas si él quisiera llamarnos a atender unas responsabilidades de otro calado, como dice el Evangelio. Los derechos de Cristo sobre el hombre condenado por el pecado son soberanos, absolutos y definitivos. Él le ha redimido, y los redimidos no se pertenecen a sí mismos, sino al que se dio por ellos. Donde existían unas relaciones divinas, el pecado las ha pervertido, corrompiendo también la voluntad. Las pasiones han hecho mella, pero estas relaciones siguen siendo divinas, por lo que ¡ay de aquel que las menosprecia por ser lo que son! Si la gracia ha obrado y existe la nueva vida, reconocerá lo que Dios ha formado. Sabe que no hay ningún bien que el hombre pueda hacer, y que el pecado lo ha echado todo a perder. Pero lo estropeado no podemos llamarlo pecado. Donde sea que estén estas relaciones —la negación de la voluntad, la muerte al pecado, Cristo obrando poderosamente en las vidas— recuperarán su fuerza, y si no pueden recuperar ya el carácter de inocencia, perdido para siempre, sí proporcionarán el escenario en que se lleven a cabo las operaciones de la gracia, a las que la mansedumbre y el cariño, la comunión y la abnegación en medio de los problemas introducidos por el pecado les den el arraigo que la inocencia no podría darles. Tenemos, pues, la gracia que actúa en la vida cristiana, y se refleja en nosotros cuando es ejercitada en todas estas relaciones.

Carecer de afecto natural es señal de una apostasía desesperanzadora enajenada de Dios, lo que nos habla del total egocentrismo de los últimos tiempos.

No estoy dibujando una imagen falsa ni hablo con sentimentalismos, aunque el tono del lenguaje parezca darlo a entender, cuando digo que Dios ha formado estas relaciones y que cualquiera que le tema las respetará. La gracia establece un requisito, y si no actúa en ellas, estas relaciones ofrecerán un atisbo de su intimidad que nos dolerá. El apóstol avisa que corremos peligro en cuanto a esta cuestión. Si el Señor forma el nudo de las relaciones naturales, y nuestra unión sigue siendo íntima con él, la gracia reinará como en cualquier situación. Para aquellos que están en estas relaciones, verán la escena en que van a ser transformadas, y exhibirán con natural hermosura la vida cristiana.

El apóstol es consecuente a la hora de introducir en dichas relaciones a Cristo, sobre todo al mencionar a quienes se sujetan dentro de ellas: esposos e hijos. El fin es que puedan santificar, conscientes de su sentido elevado, la obediencia apta a su posición. El apóstol es aún más consecuente cuando el lazo no es natural con las relaciones entre dueños y esclavos, ya que se

originan en un mundo pecador. La gracia no se dispondrá a cambiar la sociedad de este mundo, sino que conducirá las almas al cielo renovándolas a la imagen divina. No dudo de que Dios ha hecho ya un gran servicio cambiando y mejorando la condición social del hombre, pues al llevar la conciencia a la presencia del único Dios verdadero, y revelarle Sus perfecciones una vez establecidas con su autoridad las relaciones naturales en la familia, la gracia ha logrado sus resultados en corazones no convertidos y limpiado la conciencia con la norma moral. Sin embargo, el cristianismo, en lo relativo a su doctrina, trata al mundo como enajenado de Dios y yaciendo en el mal, y ve al hombre como un hijo de ira y perdición.

El Hijo divino —que de haber sido recibido habría enderezado las cosas, estableciendo la paz y la justicia en su reino—, fue rechazado por el mundo, por lo que tener amistad con él es enemistarse con Dios. El estado del hombre es sometido a un profundo examen en el evangelio, en cuanto a su condición social se refiere y a la relación del alma con Dios. Él nos comunica una vida nueva para poder disfrutar a su lado las nuevas relaciones obtenidas por la redención. Cuando vivía en la tierra, Cristo expresó el amor y la bondad divina omnipotentes en una creación caída, pero al rechazarle el mundo —sellando así su condena—, él llegó a significar, para el corazón que le recibió, una fuente de felicidad, de la que el amor hizo brotar la comunión en sus más variadas formas. El esclavo, cuando posee a Cristo, tiene el corazón liberado y es un hombre libre. Su amo sabe que tiene otro Dueño, y sea cual fuere la relación entre ellos, asumirá la forma de la gracia y del amor que reina en el corazón del que ejerce la autoridad.

Como ya he dicho, Cristo se presenta para el pobre esclavo como un recurso especial. Este servirá a su maestro, ya sea bueno o malo, con fidelidad, dedicación y humildad, ya que así sirve al Señor consciente de que lo hace bien, y obtendrá su recompensa donde nada de lo que se hace para glorificar a Cristo caerá en el olvido. Los dueños y siervos comparecen por igual delante del que no discrimina a las personas.

En el corazón del esclavo cristiano existen dos clases de principios: la conciencia, que con su conducta tiene presente a Dios, y el temor que le gobierna, una vez sustituida la vigilancia de su antiguo amo. También es consciente de su relación con Cristo, de la presencia que le sustenta y le sobrelleva en todo lo que hace. Se crea en él un secreto imposible de desvelar, poderoso, porque está escondido en Cristo y en el cielo. Le tiene a Él como la esperanza de la gloria. Qué admirable resulta la exaltación producida por el conocimiento de Cristo. Y qué consolador es el poder que desciende hasta todo lo sombrío, opresivo y doloroso de este mundo pecador.

Tres veces presenta el apóstol al Señor en estos dos versículos, mientras sigue desnudando su conciencia ante él. El motivo es llenar los corazones de esos pobres esclavos y hacerles saber quién era la Persona a la que prestaban servicio. Así obra el cristianismo.

#### Capítulo 4

El apóstol concluye su epístola con unas exhortaciones importantes de carácter general, expresando el deseo de que los santos continúen en una actitud de oración en comunión con Dios, que sientan que dependen de él, conscientes de que está cerca y dispuesto a escucharlos. Lo que dice al corazón respecto a nuestro camino no es suficiente: el alma debe saber cuáles son las relaciones que tiene con Dios y ejercitarse continuamente en ellas, recibir directamente de él la seguridad de su amor; para ello se necesita paciencia. Seguimos en conflicto con el mal, que controla nuestros corazones si no tenemos la fuerza divina. Por tanto, tenemos que ejercitar la comunión y velar con propósito de corazón, no solo ocasionalmente. Cualquiera puede pedirla cuando la necesite; el corazón separado del mundo y de todo lo que contiene se ocupa de las cosas que glorifican el nombre de Dios, acorde a sus intereses. El conflicto continuará en un espíritu libre y receptivo que tendrá como objetivo la gloria divina, tanto en la asamblea como en el camino individual, pero entonces es cuando sabemos que Dios actúa y no nos abandona, y las acciones de gracias se mezclan con la oración que elevamos a él.

Pablo era consciente de que dependía de esta bendición. Pidió a los colosenses que le tuvieran en sus oraciones, para que Dios abriera su boca y le hiciera proclamar el evangelio como le había mandado.

Vivimos en un mundo hostil en el que el acoso no tarda en manifestarse donde antes no existía de manera abierta, y nace la ofensa por cosas a las que tal vez no dimos pie ni fuimos conscientes de causarlas actuando de mala fe. Debemos evitar la ocasión de quienes sí las buscan, y andar con sabiduría para con los de afuera.

¡Con qué claridad se distingue lo interior de lo que es externo! Quienes están dentro son reconocidos por Dios (su familia, su asamblea); los que están fuera pertenecen al mundo y no están unidos al Señor. La diferencia es bastante clara, pero el amor se muestra activo hacia los de afuera, y al tiempo que se mantiene en el gozo de la comunión con Dios, actúa con prudencia para no impedir que puedan disfrutar de él.

Los colosenses tenían que redimir el tiempo. El hombre natural, demasiado ocupado en sus asuntos, no sentía ninguna inclinación por las cosas realmente serias y no dejaba que el amor de Cristo se le manifestara, cuidando de su alma para poder servir al Señor y emplear el tiempo en él. El corazón humano no siempre puede escapar al influjo que determinan las circunstancias, que atestiguan tanto al hombre como a su conciencia que está dominado por el pecado y que se alimenta de sus frutos amargos. Circunstancias que traen a la conciencia el recuerdo de un Dios muchas veces olvidado y que hablan con voz audible y dolida a un corazón roto, feliz al menos de hallar un recurso cuando suelta el bastón en el que se apoya y ve que no puede caminar. Dios actúa en el hombre valiéndose de estos avatares. Quien camina con el Señor sabe qué provecho sacar. Satanás engañará a las personas, pero no podrá impedir que Dios hable al corazón. Es una bendición andar con él y que nos utilice como representantes cuando quiere hacer llegar su mensaje a los pecadores. Nuestra predicación debería expresar siempre la separación del mal, manifestar el poder de la presencia divina que nos guarda en la intimidad, de manera que otros puedan sentirlo y, pese a todas las dudas del corazón —que por causa de las tinieblas se extravía del camino arrastrando a otros—, sepamos dar una respuesta que proviene de la luz.

Tíquico tenía que hacerles llegar el testimonio de que Pablo se interesaba por el bienestar de los colosenses, y el apóstol confiaba en que también ellos se interesaran por él. Pablo rinde testimonio del amor de los demás y de su preocupación por el progreso del evangelio y prosperidad de los fieles.

Marcos, que anteriormente había tirado la toalla a la hora de asumir los gajes del oficio, recibe aquí un testimonio de parte del apóstol, y más adelante otro, puesto que había llegado a serle muy útil a Pablo (2Ti 4:11). Así opera la gracia. El secreto del interés que Barnabás manifestó en él queda aquí resuelto: tenían remotos lazos de sangre. Este amado siervo de Dios también era de Chipre, adonde partió acompañado finalmente de Marcos. La carne y el judaísmo siempre se salen con la suya, pero el poder del Espíritu divino es un objeto indispensable para elevarnos y ponernos a salvo de sus influencias.

Demás no recibe un testimonio especial. El apóstol transmite sus saludos, pero guarda silencio al respecto. Solo en la epístola a Filemón le llama colaborador. Más tarde abandonó al apóstol. Era un hermano, y Pablo da por sentada esta afirmación sin mediar palabra en su despedida, ciñéndose a su frío estilo de decir las cosas: «[...] y Demás».

Observamos en este punto del comentario que la Epístola a los Efesios se escribió al mismo tiempo que Colosenses y fue enviada por mano de Tíquico. La de Laodicea, no tengo duda de que era una carta que habían de recibir en Colosas, escrita por Pablo y que iba a aprovecharles a los santos: posiblemente se tratase de una epístola escrita para los efesios, que él quiso que fuese comunicada a los laodiceanos. Sea como fuere, todo lo que nos dice acerca de esta epístola es que llegó a manos de la asamblea de Laodicea, no que estuviera en modo alguno dirigida a ella, al contrario. Era perfectamente posible que una carta, o centenares de ellas, las escribiera Pablo a otras personas y que Dios, en sus designios, no hubiera querido que llegasen al conocimiento de la iglesia universal. Aquí no tenemos ninguna prueba de que se escribiera una

epístola a los laodiceanos. Tíquico era portador de dos epístolas, puede que de tres, una de las cuales habría contenido variaciones de los detalles aplicativos y que, a pesar de no circular por el canal principal, se habría utilizado para confirmar a los colosenses otra comunicación divina más adelante; pero repito, aquí no parece deducirse nada de ello. Puede que la epístola fuera de Laodicea porque la recibieron en Colosas, no a Laodicea, aunque no sea el mejor modo de expresarlo.

Hemos visto que la Epístola a los Efesios es otra comunicación del Espíritu divino que ha llegado hasta nosotros. No sabemos si la epístola de Laodicea era la misma que transmitieron sus mensajeros a los cristianos de esa ciudad o se trataba de una carta distinta que tenían que hacer llegar a los colosenses —la asamblea estaba cerca—, y que, en cambio, al no hacer ninguna mención de las relaciones divinas no ha llegado hasta nosotros.

Al parecer, los cristianos laodiceanos no eran muy numerosos. El apóstol saluda a los hermanos de allí, entre los cuales había quien se reunía en casa de uno llamado Ninfas. El caso no es que hubiera que escribirles personalmente; sin embargo, el apóstol no los olvida. Lo que dice de ellos es casi una prueba certera de que no les había escrito ninguna epístola, y no les habría enviado saludos por vía de los colosenses de haberles escrito directamente. El caso no puede ser más simple: es cierto que había hermanos en Laodicea, pero no formaban un número importante ni tenían una posición distintiva como para producir una epístola dirigida a su nombre. Pero esta pequeña asamblea en casa de Ninfas no iba a ser olvidada, pues sacarían provecho de lo escrito a otras asambleas de más importancia cuya condición demandaba la existencia de dichas cartas o, cuando menos, suscitaba la ocasión para escribirlas y enviarlas también a Laodicea por mandato del apóstol.

Con relación a la Epístola a los Colosenses, es de suponer que el apóstol les ordenase de forma expresa que leyeran la carta en la asamblea de Laodicea, pues no era la primera vez que los laodiceanos recibían una epístola de otras asambleas. Los colosenses sacarían un gran provecho del mismo modo que las demás. Las dos asambleas, no muy distantes entre sí, gozarían mutuamente de los favores espirituales que se les otorgaba.

El apóstol tampoco se olvida de las personas. Arquipo es objeto de una solemne exhortación a obedecer el ministerio que el Señor le había encomendado, para cumplir con su servicio.

Pablo nunca visitó estas asambleas (cap. 2:1).